

(Inteligencia Artificial)
Steven Spielberg
Amaya Ortiz de Zárate

La última película de Spielberg se suma a la gigantesca ola de interés despertada por un enigma inquietante, del que participan tanto los espectadores más jóvenes como los más avezados especialistas en Ciencia Cognitiva: ¿Es posible que algún día los ordenadores no sólo piensen -cosa que hoy nadie pone seriamente en duda - sino que posean el tipo de inteligencia afectiva característicamente humana?

El relato se abre con el proyecto, que un ingeniero defiende ante la comunidad científica, de construir un prototipo mecánico de nueva generación, un pequeño cyborg capaz de simular ciertas conductas "afectivas".

La acción se sitúa en un futuro incierto, no excesivamente lejano, en el que una serie variopinta de robots coexisten en interacción con los humanos, ingenios mecánicos diseñados para cumplir todo tipo de funciones: domésticas, sexuales, científicas o de ocio. Con el nuevo proyecto, el padre-científico intentará dar el salto definitivo construyendo un artefacto capaz de cierto apego, un nuevo tipo de juguete afectivo que podría llegar a sustituir -las metáforas biológicas se aplican desde el principio en cibernética-, a ocupar el nicho ecológico de la mascota doméstica o incluso del hijo (que tanto el padre-científico como la madre seleccionada, han "perdido").

Se dibuja ya, al mismo tiempo, la irreversible fatiga de la especie humana, afectada por un declive mortal, que marca la transformación de las relaciones de intercambio, a pique de extinción, en relaciones de cariz perverso tanto entre los científicos o los ni-os, como entre las masas populares que participan en las "ferias de la carne", donde curiosamente -precisa inversión perversa- no se intercambia nada, si no es la emoción -informe- que atraviesa el graderío ante el sórdido espectáculo de la destrucción de lo otro de la otra especie. Nada queda de comercio o intercambio reales, como tampoco, a diferencia del antiguo circo, se sacraliza la vida mediante la representación del sacrificio o la ritualización de la muerte. Ni siquiera lo monstruoso -que precisaría el reconocimiento de lo otro, a pesar de todo, como humano- puede caber en lo que queda: una sucia mezcla de corrosión chirriante, de cortocircuitos y metales.

Celebración en torno a un odio que se verá finalmente justificado: se trata ya de los últimos estertores de una especie que declina frente al empuje de una nueva especie mecánica. No existe mediación posible en el discurso evolucionista que subyace: así como sólo sobrevive el más dotado, si la especie en ascenso cumple su función más eficazmente que aquella con la que compete -y éste parece ser el caso-, la someterá primero para acabar sustituyéndola después. No parece contemplada alguna articulación o cooperación posible entre ambas; la lógica evolucionista, superada la teoría económica de la lucha de clases, y aún la de la lucha entre especies, plantea el conflicto adaptativo entre la especie humana y su instrumento, la máquina, en una lucha -familiar al menos desde el romanticismo- entre el creador y su siniestra criatura. Tras un nuevo salto adelante en el tiempo del relato, la raza humana, cuya extinción queda ya sepultada en un pasado remoto, se ha convertido en una especie fabulosa, mitológico predecesor -no sólo antecesor, sino también demiurgo o creador- ya incomprensible, por excesivamente extra-o, para una mente uniformemente lógica implantada en un mecanismo inorgánico.

Pero Spielberg deja para un final sucesivamente postergado la contestación a la pregunta. ¿Podría llamarse humana a la civilización de I.A. creada por el hombre? Es la misma pregunta que en "Matrix" recibe su formulación negativa más siniestra. Spielberg responde en cambio afirmativamente: aunque el "meca" no consiga nunca un corazón humano, en su deseo de obtenerlo -entendiendo por deseo únicamente aquí los efectos que produce tanto en la conducta del mecano como en la angustia del espectador - parecerá el más humano entre los humanos y,

transcurrido el tiempo -tiempo que para un artefacto mecánico no tiene otro significado que el del registro de su cuenta, 2000 a-os- no sólo parecerá el más humano sino que lo será efectivamente cuando el resto de los seres -o más bien habría que decir de las memorias- no conserven ya ningún recuerdo, ninguna información de algún individuo de la especie. El prototipo guardará al menos la impronta, equivalente del apego, lo que le permitirá recordar, o que únicamente le permitirá recordar.

Sería necesario observar la diferencia existente entre las memorias mecánicas y el recuerdo y la rememoración humanas. La memoria humana es pura escritura, re-escritura más exactamente, de modo que nunca lo recordado corresponde con total exactitud a la experiencia originaria. Lo contrario sucede en las memorias mecánicas; ya que únicamente se trata de la repetición de operaciones que tienen lugar en ausencia de experiencia alguna - ni anterior ni posterior - que pueda modificarlas, una vez realizadas pueden ser "recuperadas" de forma absolutamente fidedigna -es decir, idéntica a sí misma-, sin límite.

"Todo lo que alguna vez ha sucedido permanece en el cosmos", sostendrá el andrógino cyborg del futuro. Reedición de un antiguo conocimiento sobre el ser en postulados científicos, como corresponde a un elfo ultramoderno; se trata en efecto de una nueva especie transparente de seres translúcidos, hechos sólo de luz.

Todo en su avanzada naturaleza habrá superado las limitaciones, la pesada densidad material de la carne. El diseño de esta nueva especie -imago estilizada del ideal humano- no precisa otra cosa que discurso científico y luz; sin dolor, luego sin amor. El discurso científico del que participa Spielberg se inserta a su vez en la tradición que opone el pensamiento a la materia, confrontando el conocimiento objetivo con la cualidad inferior, femenina e incluso malévolas, del cuerpo.

El peque-o ni-o de juguete que ha sobrevivido a la madre para la que fue creado, sin crecer ni cambiar en nada, que no puede propiamente sucederla en la medida en que no puede transmitir su ADN, sí parece en cambio capaz de conservar su "fórmula" e incluso materializarla -quizá sería mejor decir "mentalizarla"- durante el transcurso de un sólo día. Alcanzará, entonces, su propósito de convertirse en humano -única imprecisión técnica de guión: ¿Cómo puede el muñeco mecánico haber generado un propósito para el que no está programado? ¿Posee acaso un programa para generar una "imagen" de sí mismo, para identificarse con el de la otra especie?- en cualquier caso, llegará a llorar con lágrimas humanas, aunque no pueda concebir la muerte -que está más allá de su naturaleza- y tampoco, entonces, so-ar.

Si en Matrix se contestaba afirmativamente -y es lo que en la película funciona admirablemente como relato de terror- a la pregunta de si puede ser simulada mediante Inteligencia Artificial la emoción humana, lo que propone el desenlace de I.A. traspasa con mucho los límites de la simulación, razón por la cual el relato de Spielberg incorpora elementos del Cuento Maravilloso que hacen posible, finalmente, que se produzca el acontecimiento mágico, o mejor aún, el milagro: el peque-o mecano llora ante la presencia adorada de su madre como cualquier ni-o humano. El Hada Azul del cuento de Pinocchio, representada más bien al estilo de la iconografía sagrada, con rostro de Madonna -asociación vehiculizada por el azul, el color del manto de María con el que se simboliza precisamente la pureza-, opera el milagro. Y hemos de decir milagro porque no se trata ya de simulación, es decir no estamos aquí ante la equivalencia de las relaciones causales entre operaciones efectuadas por dos sistemas diferentes, uno de silicio, por ejemplo, y otro de neuronas, sino ante la materialización de una idea, ante la conversión de la fórmula o el patrón conectivo correspondiente al sufrimiento, en lágrimas verdaderas -es decir, no programadas-, lo que rebasa ampliamente los límites de la ciencia.

Spielberg parece percibir sin embargo, claramente, la necesidad de mantener algún substrato mítico capaz de introducir pasión en el, de otro modo, tedioso

discurrir de la ciencia. Se dibuja entonces cierto horizonte inalcanzable, al que sin embargo se aspira. Y en esto parece consistir precisamente el mito que la I.A. introduce en la Ciencia Cognitiva, la creencia en la posibilidad de descifrar el propio dise-o -del mismo modo que se ha conseguido leer el código genético-, de rediseñarlo en una Inteligencia en todo equivalente a la humana, y viceversa, la concepción de una Inteligencia Humana tan potente y eficaz que pudiera asimilarse a la de la máquina.

La máquina posee, de hecho, una eficacia inalterable y una capacidad aparentemente ilimitada de perfeccionamiento, mientras el género humano, sometido a procesos irreversibles, evoluciona muy lentamente. Lo humano tiende entonces a configurarse, por oposición, como campo semántico delimitado por rasgos inútiles tales como lentitud, falibilidad, perturbación emocional, intencionalidad (posiblemente malvada), sufrimiento y muerte. Lo característico de la nueva especie, en cambio, aquello que la sitúa más allá de cualquier límite, deriva de que todo su ser consista en discurso lógico, en pura racionalidad. Nos encontramos entonces ante un genuino producto del mito moderno, el mito cartesiano, y ante la representación de su sueño más profundo, el sueño paranoico de independizarse del cuerpo.